

Compendio de Historia Económica del Perú (Tomo I)

Julio Velarde

En su libro *Armas, Gérmenes y Acero*, referido a los orígenes de la civilización, el científico y humanista Jared Diamond identificó las cinco regiones autónomas del mundo donde el ser humano llevó a cabo el paso crucial desde la economía basada en la caza y la recolección hacia la creación de civilizaciones sedentarias basadas en la producción de alimentos. Estas cinco áreas fueron la “Media Luna Fértil” de Mesopotamia —el actual Irak—, la China, Mesoamérica, el este de Norteamérica y los Andes de Sudamérica. Por haber sido centro de las culturas andinas más brillantes, la región que ocupa actualmente el Perú puede ser reconocida, de esta manera, como una de las áreas matrices de la civilización mundial. Esta es una de las poderosas razones que nos deben conducir a continuar las investigaciones sobre los orígenes y el desarrollo del Antiguo Perú. Dentro de este tema de investigación, sobresalen de manera muy especial los esfuerzos por entender las bases económicas de la civilización andina —en otras palabras, aquella conjunción de factores que explican cómo, en esta parte del mundo, el encuentro del hombre con su medio generó esta extraordinaria tradición de la que los peruanos somos orgullosos herederos. En esta línea, el Banco Central de Reserva se honra en presentar hoy al público el primer tomo del Compendio de Historia Económica del Perú, dedicado a la época prehispánica.

A propósito de la personalidad universal de la tradición andina, y de sus bases económicas, me vienen a la mente algunas ideas. Ese tubérculo conocido comúnmente con el nombre de papa —que tanta importancia tuvo en la época inmediatamente previa al despegue industrial en Europa— es, por ejemplo, un producto típico de la domesticación de plantas desarrollada durante milenios en los Andes, y un valiosísimo aporte de esta civilización al mundo. Tampoco deben escapar a nuestra atención realizaciones notables en áreas tan variadas como la cerámica, el tejido, la metalurgia y la ingeniería hidráulica, así como en las diversas técnicas mnemotécnicas y de contabilidad realizadas a través de los quipus, cuyo significado y utilidad apenas han comenzado a ser vislumbrados en nuestros días. Vale la pena insistir que todos estos importantes logros culturales fueron alcanzados en una situación de aislamiento frente a otros grandes focos de desarrollo en diversas partes del mundo. Europa, que ha venido a cobrar un estatus de “cultura madre” de América, contó con la ventaja de heredar inventos y tradiciones creados por otras civilizaciones. En cambio, para poner las cosas en su real perspectiva, conviene tener presente que el antiguo Perú tuvo el gran mérito de crear un poderoso acervo tecnológico de manera autónoma, es decir, dentro de su propia tradición. Es precisamente este carácter original de la civilización andina el que le otorga esa personalidad tan particular.

El Compendio que hoy presentamos resume el trabajo paciente y constante realizado por historiadores y arqueólogos para reconstruir los aspectos materiales de las civilizaciones del Perú antiguo, así como las principales conjeturas vigentes acerca de sus características culturales, sociales y económicas. En este sentido, por las limitaciones en cuanto a los indicios que han llegado hasta nuestros días, el estudio del Perú prehispánico —principalmente la formación de sus rasgos característicos, es decir, la economía agrícola y la estratificación social desde la llamada “revolución del tercer milenio” antes de la Era Común— continúa siendo “trabajo en marcha”, ayudado por la labor arqueológica y el análisis antropológico. ¿Cómo eran exactamente las estructuras sociales y económicas de las culturas Nazca, Chimú o Moche, por no mencionar la antiquísima civilización de Caral, cuyo descubrimiento relativamente reciente ha modificado nuestra perspectiva temporal del pasado pre-hispánico? Los capítulos de este primer tomo, a cargo de Luis Guillermo Lumbreras, Peter Kaulicke, Julián Santillana

y Waldemar Espinoza, nos ayudan a ordenar nuestras ideas acerca de un período tan vasto y antiguo, sobre el cual no existen registros sistemáticos.

Pasando a temas más específicos, si tuviera que señalar la principal diferencia entre las economías prehispánicas y aquéllas a las que estamos acostumbrados en nuestra labor como economistas, destacaría el rol de la religión: “Existía una estrecha relación entre la producción y el ritual. Todo estudio sin este aditamento resulta infructífero o incompleto. La magia y la religión tenían efectos económicos en términos de producción, intercambio y consumo de los recursos. Los rituales de tipo productivo se desenvolvían enmarcados dentro de las cábalas agrícolas, los sortilegios de los oficios y las supersticiones concernientes a la salvaguarda del ganado”. Un ejemplo —anecdótico, aunque no por ello menos impresionante— es la notable cantidad de recursos, inclusive tierras y armas, destinados a las castas encargadas del cuidado de las momias de los Incas. La omnipresencia de la religión —y, por lo tanto, de las teocracias gobernantes— era la columna vertebral de estas sociedades. Tal es la conclusión a la que llegamos si, como sugiere el trabajo, podemos tomar al Imperio Incaico —una teocracia que manejaba una gran masa poblacional mediante numerosos y efectivos cuerpos de administradores— como “resumen” de los milenios anteriores. Cito: “Los datos más verosímiles sobre las actividades económicas proceden de la etnohistoria, y se debe a M. Rostworowski la descripción más acuciosa sobre el tema. Y, si bien corresponden a la época inca, se postula que las actividades desarrolladas eran similares a las realizadas durante el período anterior a la ocupación incaica y que fue incorporada sin cambios por el Estado inca”. La economía incaica se sostenía también en cuatro factores fundamentales, que se han convertido en proverbiales en la conciencia colectiva ancestral de los peruanos: el uso óptimo de los pisos y nichos ecológicos; la reciprocidad o ayni; el colectivismo o minca; y el tributo en trabajo o mita. Dicen los autores: “El primer sistema les permitió cosechar productos de todos los climas; el segundo les facilitaba la reproducción de la familia; el tercero, la reproducción de la comunidad; y el cuarto, la reproducción del Estado”.

Así, nos encontramos ante sistemas sustentados en el dominio de castas religiosas; con una fuerza laboral organizada verticalmente y compensada de manera “asimétrica” —es decir, sin concepto de devolución del mismo servicio ni de cobertura del costo de producción, sino de acuerdo con criterios puramente tradicionales—; y, en la generalidad de la economía, con intercambios muy limitados basados en el trueque, sin indicios de “mercados” o de activos utilizados como “capital”. Dicho esto, quisiera destacar dos desarrollos descritos en la obra, a los que tal vez podría calificar de “excéntricos”, por apartarse en alguna medida del esquema descrito: el intercambio comercial y el uso de una “moneda” rudimentaria, ambos en los prósperos reinos de la Costa en el llamado Período Intermedio Tardío. En cuanto al primero, dice uno de los autores que “[...] el Señorío de Chincha manejaba una economía básicamente de intercambio y [...] en ella radicaba la verdadera riqueza y opulencia de dicho curacazgo. Además, el intercambio se considera como la actividad más compleja entre todas las desarrolladas en la época pre-colombina. Este sistema habría tenido repercusiones económicas en otras entidades menores contemporáneas. Recordemos la flota de balsas de este Señorío, que eran dedicadas a esta suerte de comercio. Posteriormente, los incas comprendieron las implicaciones político-económicas de esta actividad, por lo que todo el sistema pasó a la administración estatal. Parece ser que el Estado inca monopolizó todo el sistema de intercambio. Para tiempos incas se menciona la existencia de 6 mil mercantes, evidentemente, una cantidad poblacional alta para una sociedad pre-industrial”. Yo añadiría que, aunque la evidencia apunta a que dichos agentes no eran como los comerciantes actuales, en la medida en que respondían ante las castas gobernantes y no a un criterio de “rentabilidad comercial”, su habilidad para explorar y expandirse refleja, por qué no decirlo, una iniciativa y una creatividad extraordinarias para una sociedad pre-industrial y notablemente controlista. Es impresionante el radio de acción

que manejaban estos comerciantes, así como el uso de grandes flotas y caravanas de auquénidos, que podemos imaginar movilizándose a lo largo de grandes distancias para “importar” bienes no producidos en sus regiones de origen —por ejemplo la concha spondylus, o “mullu”, de uso preferencial en las actividades rituales, originaria de la costa del actual Ecuador. Es más, dicen los autores: “Esta actividad hizo posible la articulación económica de la costa ecuatoriana, de casi toda la costa peruana y de las tierras altoandinas del Titicaca”. Resulta interesante también la especulación de que existía una “liga de mercaderes” —que podría haberse extendido nada menos que hasta Centroamérica—, que nos hace recordar a esas guildas de comerciantes emprendedores que florecieron en Europa desde el medioevo. El magnífico Señorío de Chíncha —al que probablemente no hace justicia la historia enseñada en las escuelas peruanas— parece haber llevado este tipo de actividad a su máxima expresión.

Asimismo, si bien, como sugerí anteriormente, todo indica que las culturas pre-hispánicas eran predominantemente no monetarias, llaman mucho la atención las investigaciones recientes sobre las hachuelas de cobre probablemente usadas como una forma de “moneda” en los reinos de la Costa. Los autores enfatizan: “Es imprescindible aclarar que no hubo moneda-signo, como las que manipulamos hoy. Los documentos del siglo XVI apenas hablan de trozos de metal que funcionaban en forma aislada y limitada”. Sin embargo, parece razonable deducir que el surgimiento de dicha moneda incipiente fue impulsado por el intenso intercambio que caracterizaba a los dominios de la Costa. Con la licencia que nos da el hecho de ser legos entusiastas, podemos especular sobre la mayor sofisticación e importancia económica que podrían haber alcanzado éste y otros medios de cambio, si la conquista europea no hubiera interrumpido traumáticamente el curso de la civilización nativa.

Otro tema que nos puede atraer, como economistas, es cómo ocurrió, en sociedades aparentemente ágrafas, la transmisión de la tecnología —sobre todo, en los singulares niveles de refinamiento alcanzados por las culturas peruanas más complejas. Para citar sólo un ejemplo, ¿cómo se transmitieron las técnicas de construcción requeridas para levantar la fortaleza de Sacsayhuamán, cuyas proporciones y detalle arquitectónico sorprenden hasta nuestros días? Los estudios históricos apuntan, en efecto, a la existencia de especialistas encargados no sólo de preservar, sino principalmente de transmitir el conocimiento, desde las primeras grandes culturas: “[Los especialistas] tuvieron un largo aprendizaje, en escuelas especiales en las que recibieron de maestros consagrados al arte, o tal vez una casta sacerdotal, pues a través de las múltiples obras revisadas, se nota uniformidades en el estilo, en la técnica y principalmente en las concepciones artísticas”. Más aún, si, a semejanza del Imperio Romano, el Tawantinsuyo consolidó las tradiciones culturales que lo precedieron, podemos quizás hablar de una transmisión tecnológica ancestral de permanencia y duración extraordinarias —más aún, por estar basada esencialmente en el aprendizaje práctico y la tradición oral—, desde los expertos que levantaron Chavín de Huántar, probablemente hacia el primer milenio antes de la Era Común, hasta los ayllus y quipucamayocs especializados que encontraron los europeos dos mil quinientos años después. Como es habitual, las inmensas magnitudes temporales del antiguo Perú sorprenden y llenan de admiración.

Hay muchos otros aspectos que encuentro de gran interés, como por ejemplo la influencia de Fenómeno del Niño (*El Niño Southern Oscillation*, ENSO), el cual, con su capacidad tanto de crear un medio ambiente propicio para el desarrollo, como para generar eventos catastróficos, puede haber sido un determinante principal de los grandes ciclos históricos del Perú Antiguo, principalmente en la Costa. Sin embargo, permítanme concluir con algunas reflexiones. Sobre todo, la geografía de nuestro país presentó a nuestros antepasados enormes dificultades, pero también les ofreció una oportunidad; y la clave de ésta era la diversidad de esa misma geografía. Un solo piso ecológico no bastaba para que una cultura pudiera sobrevivir y florecer. Sin embargo, cuando ésta

pasaba a ocupar no uno, sino varios pisos, o a tomar productos e ideas de las culturas precedentes, sus posibilidades se incrementaban notablemente.

Por lo tanto, a pesar del largo tiempo transcurrido, ¿existen lecciones que los peruanos de hoy podamos aprender de los peruanos de hace 500, o 5,000 años? Partamos del hecho que lo que menos ha cambiado desde tiempos tan lejanos ha sido justamente la geografía. Se trata de territorios muy accidentados que dificultan notablemente el transporte, y que restringen el área disponible para la agricultura y la ganadería —dos aspectos centrales de la economía de antaño, y también de la de hoy. Sin embargo, y también como en el pasado, la diversidad geográfica y climática del Perú, y la enorme variedad de la flora y la fauna que aquella genera, siguen ofreciendo el potencial para una sustancial mejora de la actividad económica y del nivel de vida de la población. Cabe mencionar la abundante pesca; las innumerables variedades vegetales que podrían tener gran demanda para usos medicinales e industriales en el mercado internacional; la ancestral habilidad artesanal del hombre peruano; y, por cierto, el enorme potencial turístico de nuestra riqueza natural y antropológica.

A mi juicio, la pregunta fundamental que podemos plantearnos es: ¿cómo pudieron los antiguos peruanos, en especial los Incas, integrar y articular, en un conjunto económico y social coherente, semejantes disparidades, y utilizar adecuadamente tantos recursos dispersos sin dañar el medio ambiente? Esta pregunta es relevante porque, tal vez, en muchos aspectos el Tawantinsuyo estuvo mejor articulado que el Perú de hoy. En este punto cabe preguntarse, sin intención pesimista, sino con sentido constructivo, por qué el Tawantinsuyo estaba integrado política y económicamente por una compleja y durable red de caminos, mientras el Perú republicano ha encontrado tan difícil, incluso hasta nuestros días, superar su gran déficit infraestructural.

Podríamos entonces extraer algunas lecciones que pueden plasmarse incluso en recomendaciones de política: primero, cuidar al máximo nuestra biodiversidad y preservar el medio ambiente —notablemente los bosques y el agua—; segundo, agilizar la producción y asegurar una efectiva presencia del Estado en todo el territorio mediante una adecuada inversión en infraestructura; y, tercero, tratar de adaptar la tecnología —o desarrollarla, tal como se hizo en el Perú Antiguo— para aprovechar al máximo nuestros recursos naturales, siempre en armonía con la ecología. Para abordar estos objetivos, los peruanos no tenemos más que volver la mirada al pasado y buscar inspiración en nuestra propia, formidable historia.